

Fin de raza

Rechazando a la mujer, o renunciando a ella (Mishkin, Aliosha), no reconociendo a los hijos engendrados, formando parejas sin descendencia o sacrificando al inocente, los héroes dostoiévskianos no dejan vástagos propiamente dichos. Son un fin de raza, que se educan, accidentalmente, para rectificar sus relaciones con la instancia paterna, pero no para ser padres. Más, todo lo contrario: se forman para ser hijos y seguir siéndolo, acaso en la recuperación fantástica de la tibia promesa de dicha encerrada en la pareja de la madre con el niño.

Tal vez porque el espejo paterno es inaceptable, la paternidad aparece como horrible y motivo de rechazo. O porque el amor se cumple si es incorpóreo (amor al enfermo o al inválido: amor al epiléptico Mishkin, tal vez un histrión que finge su enfermedad, amor a la inválida Lise), si está liberado de la carga del cuerpo. Aliosha frecuenta a los niños, conservando la inocencia primaria y aceptando la maternidad de las instituciones (la Iglesia, la Madre Patria). Es como si la madre interviniera para reponer el orden paterno deshecho al comienzo de la historia pero, además, para apoderarse del hijo e impedirle crecer. Otra vez, la imagen del artista contemporáneo se cristaliza en el hechizado mundo de una infancia que se salva a fuerza de no desarrollarse.

¿Es también esta gente sin hijos la imagen de una sociedad que vive sus últimos días y desaparece sin dejar rastros, evitando que alguien reciba la herencia?

El hombre situado

Como contrafigura de los héroes dostoiévskianos, aparecen algunos opuestos que encarnan la normalidad, es decir la sucesión previsible en el orden de las normas. Son personajes que están en su lugar, que heredan lo que les pertenece, que no piden nada impertinente y cuyo deseo se ajusta a los objetos lícitos que están al alcance de su mano. Luchin, novio de la hermana de Raskólnikov, y el gobernador von Lembdke, en *Los demonios*, son algunas de estas contrafiguras. Siguen su camino, aceptan pasivamente el destino que les toca vivir, considerándolo correcto y justo (por contra, Raskólnikov es el que «no tiene sitio adónde ir»), proponen escribir y difundir historias edificantes. Están en el lugar que les corresponde.

El dinero

La mujer incita al hombre a ganar dinero y luego es ella misma quien lo gasta, generalmente de modo rápido y, a veces, catastrófico. La mujer actúa, en este sentido, dentro de la mitología dostoiévskiana, como sujeto activo del deseo y como medida del falo. Los decretos femeninos serían, en este sentido: «Yo quiero que tú ganes dinero y soy quien medirá la magnitud de lo ganado».

Donde mejor desarrollado está el tópico es en *El jugador*. Pólina, mujer de la cual está enamorado el narrador y que lo incita a jugar, es la maga de la fábula, o sea la mujer que permite y propicia el encuentro del héroe con su falo. El dinero a ganar será el precio de la mujer y el motor de la historia: ella incita al hombre a vivirla y a narrarla.

Por otro lado, Pólina estimula a su abuela a jugar, a perder y a dejar a sus herederos sin herencia. El jugador también es pródigo, pues despilfarra lo ganado con Blanche de Cominges, quien lo incita a seguir jugando.

El jugador ejercita ciertos poderes sobre las cosas, que integran el haz de potencias cuyo desarrollo estimula la maga. Desafía a la suerte, somete el orden (aunque no el sistema) de los juegos y sus leyes numerales, mide lo ganado en público, exhibiendo la magnitud de sus potencias en acto. Por su parte, aprende que la carencia es infinita y siente que le falta todo el dinero que todavía no ha ganado, por lo cual fantasea que nunca terminará de jugar.

Nastasía hace algo parecido. Cuando se fuga con Rogochin, él le entrega cien mil rublos. Ella los arroja al fuego. El héroe conquista un tesoro y lo muestra a la maga, para que ésta lo evalúe y determine la longitud del falo. Pero ella lo destroza, lo aniquila, dejando al héroe en situación de castrado. Es cierto que este corte es saludable y que, en la lógica moral dostoievskiana, el dolor y la humillación purifican. Emerger redimido por el sufrimiento es una manera de asumir la ley y, en este sentido, la poda radical que practica la maga es pedagógica.

El dinero es, pues, fálico, en tanto se acumula, pero es castración en tanto se prodiga. Por lo tanto, la falta se convierte en potencia si el héroe aprende a renunciar al dinero, liberándose de las servidumbres y peligros que su posesión implica. El mundo de Dostoievski es un mundo de derroche y falta de acumulación, que incita a pensar, de nuevo, en una sociedad que organiza su potlach final.

Europa y Rusia

El «padre» que ha usurpado la instancia paterna y desvincula al hijo del *Urvater* afecta en Dostoievski la figura del Demonio. Generalmente, esta posesión diabólica tiene una constelación ideológica alrededor, vinculada a la figura de Europa: el espíritu del mundo, el poder terrenal, la historia, la razón, el saber profano, la democracia, el progreso, la técnica, todo lo —digamos— «apolíneo» del mundo, se vincula con el «mal» padre.

En este plexo conviene insertar la enfermedad de Mishkin. Este huérfano, adoptado por un gran propietario, es enviado a Suiza para educarse en los cánones europeos y curarse de su epilepsia. Lo atiende un doctor Schneider (sastre o cortador en alemán: castrador y vestidor). El idiota vuelve a Rusia de su viaje iniciático, ignorante y enfermo, con el talismán de su idiocia. Ha elegido la patria y la enfermedad.

Virgen, célibe por su propia voluntad, Mishkin se define por sus carencias: enfermo, pobre, hambriento, mendicante, es un fin de raza que se caracteriza por pedir lo que le falta.

La enfermedad (en el caso, el aura epiléptica) es una forma de conocimiento. Frente al modelo apolíneo, racional y luminoso de la ciencia europea, el trance, la luz negra, lo visionario del saber ruso. La «suprema síntesis de la vida» es el momento fronterizo en que el ataque epiléptico se anuncia y todo se ve inexplicablemente claro, como en el éxtasis religioso o en la alucinación del opiómano. Ese instante supremo implica sus-

pensión de la actividad mental, estupor epiléptico, idiotez. Es el saber infuso e indistinto del alma frente al saber distante y disociador del espíritu. Rusia y Europa.

Por contra, Iván Karamázov quiere irse de Rusia y quedarse en Europa, entre hombres prácticos que evitan los debates doctrinarios que extenúan a los jóvenes rusos, esos jóvenes seniles que divagan sobre anarquismo, socialismo, embriaguez y Dios. Iván es la visión totalmente profanizada del mundo, una realidad sin Dios y sin lugares sagrados, en que lo divino es una mera necesidad lógica, un invento que honra al hombre y no, al revés, un resultado de la omnipotencia de Dios reconocida en la fe. Iván niega la armonía universal, concibe el mundo como desequilibrado y sembrado de huecos y de incoherencias. Nada justifica el espectáculo de un niño recién nacido y devorado por unos perros.

Prefiero quedarme con mi no vengado dolor y mi indignación insaciable, *aun cuando no tenga razón*. Además, han tasado demasiado cara esa armonía: no tenemos en el bolsillo dinero bastante para pagar la entrada... No es que no acepte a Dios, pero le devuelvo, con el mayor respeto, mi billete.

Lo propio del alma rusa es creer más allá de la razón, creer aun contra la razón. Esta sólo lleva al infinito análisis, a la incertidumbre que acaba con el conocimiento. En su entrevista con el Demonio, Iván escucha que el Tentador le dice «no existo» porque lo demoníaco del saber racional es, justamente, la duda insaciable.

Pero es el mismo Demonio quien se encarga, como enviado de Dios (como «mal» padre) en reducirse al absurdo: no es posible la vida sin divinidad y si el hombre renuncia a la inmortalidad y somete absolutamente a la naturaleza, se diviniza a sí mismo, volviendo imposible la vida social en un universo donde todo está permitido (parte IV, libro XI, capítulo IX).

En nuestro vocabulario: es imposible la vida sin *Urvater*, sin un elemento que se considera primitivo y que se pone fuera del juego, sacralizándolo. De algún modo, la tarea de la Madre Rusia, madre iniciática y redentora, es, en Europa, la misma que la maga en las novelas de Dostoievski: disipar la presencia del Demonio y reconciliar al hijo con el Padre. Ni Apolo ni Dionisos, ni salud perpetua ni enfermedad eterna. Asclepio, el dios que cura a partir de la necesidad de enfermarse, de llegar a la lucidez mística que adquiere el cuerpo enfermo. Freud, buen lector de Dostoievski, estaba en las mismas.

El Gran Inquisidor

Ante Cristo, que viene al mundo a dar a los hombres el don insoportable de la libertad, el Gran Inquisidor restaura los principios de la autoridad clerical: «Hemos justificado tu proeza y la hemos basado en el milagro, el secreto y el poder».

El Gran Inquisidor opta por Dios contra Cristo (a Dios, por razones de respeto y tabú, no lo nombra, lo llama *El*). De algún modo, le dice a Cristo que no se ponga en el lugar del *Urvater*, que lo suyo es ser hijo y dejarse de misteriosas identidades con el Padre. Cristo rechaza la espada de César y el Gran Inquisidor la acepta. Con ella persigue al Hijo para que, después de muerto, se lo honre como víctima.